

La correspondencia filosófica como testimonio de una época

Mateu Cabot

Publicado originalmente como introducción, págs. 9-22, a:

René Descartes: *Correspondencia con Isabel de Bohemia y otras cartas*. Alba Editorial, Pensamiento/Clásicos, 6, Barcelona 1999, 277 págs. ISBN: 84-89846-90-1..

Nos encontramos ante la correspondencia íntegra entre dos personas sobresalientes en un tiempo excepcional. Los personajes son René Descartes, el filósofo francés, el primer filósofo moderno se dice, padre de aquel "pienso, luego existo", e Isabel de Bohemia, una muy joven princesa que pocos lectores conocerán antes de leer estas cartas pero que, a buen seguro, admirarán después de leer. El tiempo excepcional es la primera mitad del siglo XVII en Europa, época marcada por la guerra de los treinta años, por las turbulencias de todo tipo que darán una nueva forma al continente europeo. Las cartas de Descartes a la reina Cristina de Suecia y a Hector-Pierre Chanut, embajador francés en aquel reino, concluirán el volumen y, con él, la imagen de la pintura de la época.

1. *René Descartes*.

René Descartes (1596-1650) es considerado el primer pensador de la época Moderna. Hegel, en sus *Lecciones sobre la historia de la Filosofía*, dictadas en la Universidad de Berlín y publicadas póstumamente por sus alumnos en 1833, cuando llega a Descartes utiliza una sintomática metáfora: «Con Descartes comienza en efecto, verdaderamente, la cultura de los tiempos modernos, el pensa-

miento de la moderna filosofía, después de haber marchado durante largo tiempo por los caminos anteriores... Aquí, ya podemos sentirnos en nuestra propia casa y gritar, al fin, como el navegante después de una larga y azarosa travesía por turbulentos mares: ¡tierra!»

La Modernidad, de la cual Descartes es una de las señas inaugurales, se conformará como una nueva forma de vida, de pensamiento, de relación, en definitiva, con el mundo que nos rodea, pero también con el pasado y el futuro que nos espera. Esta relación, la del hombre y su mundo, establece en cada época unos "temas", unos problemas o cuestiones que devienen centrales e importantes y que no son, a la postre, más que aquello que resulta realmente novedoso, interesante, formador de las personas del tiempo.

En este sentido Descartes ya es moderno por los temas que plantea en sus obras, tanto por el contenido teórico que toma en consideración como por el método o la actitud con que los plantea, pero también es moderno por su vida, y en esto, como puede comprobarse por su correspondencia, es representante típico del siglo XVII.

Descartes no comienza sus discursos con seguridades, sino con dudas, preguntas. Dudas sobre la validez de todo lo que ha legado la tradición —romper con la tradición es una característica definitoria de todos los tiempos "nuevos"— y, por tanto, necesidad de revisarlo, de no admitirlo más que con cautela, provisionalmente, mientras no encontremos un fundamento más seguro para nuestra vida. Dudas sobre el alcance de nuestras capacidades para enfrentarnos al mundo, aunque solo sea hasta que no hayamos esclarecido cuales y como son estas capacidades, que es lo que podemos usar y cuales son las que debemos rechazar. Pero una vez resueltas las dudas, confianza en las propias capacidades, confianza en los resultados adquiridos después de someterlos a la duda, al análisis y resultar ser «claros y distintos». La duda de Descartes funciona como método para llegar a un saber seguro: es la llamada "duda metódica", no es una duda que quiera o va a terminar en el no saber, como la duda escéptica que parece envolver a otros franceses como Michel de Montaigne o Pierre Charron. En definitiva, el mundo debe pasar ante el tribunal del sujeto, de su razón y ante ella rendir cuentas. Incluso los saberes, tradiciones, costumbres, etc. de este mundo. El sujeto debe calibrar toda las razones y fundamentos, que hasta que no las hace propias, las "subjetiviza", hasta que no las "ve" claras, no son admitidas, para pasar a formar parte inmediatamente del saber, del modo de vida y, por tanto, del mundo.

Los temas que pasan por sus páginas, además de las meditaciones metafísicas, de las cuales se disculpa continuamente, "por ser tan metafísicas", y que solo tienen un carácter propedéutico (el *Discurso* es un prólogo), son problemas matemáticos, de física, de astronomía (problemas teóricos, y no tan teóricos, en torno a los cuales se dilucidaban en aquél momento cuestiones de índole religiosa, política y social. Recuérdese a Galileo, a Harvey, a Servet,...), pero también el tema es lo que hoy llamaríamos, de forma ambigua, la personalidad: los sentimientos, las pasiones, ... pero también la relación entre el cuerpo y el alma, o la materia y el espíritu, o, con el título con el que se ha convertido en una materia universitaria actual: mente y cuerpo. Sin duda es Descartes el gran promotor de esta cuestión al dividir, en su metafísica, lo existente en dos categorías o substancias: por una parte aquella cuya esencia es el pensar, la *res cogitans*, y la otra que es el ocupar una exten-

sión, *res extensa*. Nada en común entre las dos, por tanto, un riguroso dualismo de la existencia, aunque desde el principio el sentido común nos dice que el ser humano son las dos, es pensamiento y extensión, espíritu y materia. De aquí el gran problema de la metafísica cartesiana, problema que la joven princesa Isabel de Bohemia, desde el principio de la correspondencia, detectara y señalará, poniendo el dedo en a llaga sangrante que representaba para Descartes. Podríamos esperar que se plantearan igualmente temas o problemas morales, pero lo que encontramos en la correspondencia son indicaciones explícitas de Descartes de que no quiere entrar en el tema: demasiado delicado en Roma, París o Amsterdam. En el *Discurso del método*, entre el capítulo que recoge el proceso de la duda metódica, cuando ya no quede ninguna seguridad en un saber cuyo único fundamento es la costumbre o la falta de reflexión, que es únicamente costumbre, y antes de que se proceda a fundamentar reflexivamente un saber, se preguntará: mientras tanto ¿que hacer? Las indicaciones que ofrecerá se conocen como "moral provisional", esto es, a la espera de poder exponer una fundada racionalmente, y se reduce a la norma de hacer lo que se hace, seguir el criterio general, pues sabemos que no está fundado y sospechamos que no es racional, pero a él nada podemos aún oponer. Después de hallado el criterio incólume de racionalidad, el "pienso, luego existo", las razones para no enfrascarse en cuestiones morales serán otras. Incluso podría, con malicia, apuntarse a la peligrosidad real del debate moral en el momento, pero así sólo se constataría una realidad: en París, en Amsterdam y en Roma la cuestión moral no es sólo una cuestión moral, teórica, es inmediatamente política y de la más alta envergadura y consecuencias.

El aire de una nueva época también se filtra en la correspondencia que se nos presenta. Mediante ella nos asomamos al mundo, al contexto de la que surge. Nos enteramos del mundo en que viven los personajes, mundo que se filtra en cada frase, nos presentan las ilusiones y también los miedos que provoca el vivir ese momento. Esto último especialmente significativo en los rodeos, las ambigüedades, las frases inconclusas, sobre todo de Descartes, moviéndose en la jungla de partidarios y detractores, de deseos de expresión de la nueva filosofía y celos ante la autoridad. Descartes no pertenece al clero, por tanto, no puede buscar la protección de una orden en lucha con otra; tampoco es profesor de alguna Universidad que pretendiera defender su libertad. Es un científico, un filósofo, cuyas únicas armas parecen ser sus ideas, sus escritos y la fuerza que pueda emanar de ellos para ofrecer ideas "claras y distintas" al lector. De ahí que se presente como sujeto y que la difusión de las ideas, también por la correspondencia con este o aquel correspondiente, adquiriera especial importancia y significación.

De aquí que la correspondencia, el intercambio de escritos entre lo personal y lo público, es una forma de escritura relativamente nueva. Técnicamente es poco fiable en su privacidad y su continuidad. De ambas características es muestra la correspondencia que sigue. Las cartas circulan de muy distintas formas, pero todas ellas muestran su poca fiabilidad y lo extraordinariamente azaroso de su transmisión. Las cartas se leen, se copian, incluso, como podremos leer, son material para el plagio; ciertamente la inviolabilidad de la correspondencia es un derecho que tardará muchos años en llegar. Son, casi la mayoría de veces, una conversación con poco público que se mantiene por escrito. Los intentos de Descartes de aumentar la privacidad introduciendo una clave parecen a Isabel tan complicados como para acabar con la misma correspondencia. Pues aún así, con todos los de-

fectos comparados con una correspondencia actual —dejemos de lado si actualmente la correspondencia en ese sentido existe y por qué medio—, ejerce la función de comunicación inmediata y directa, personalizada, entre sujetos identificados. No es el discurso a un público anónimo, sino que lo que pide es lo que está configurándose como el centro de la nueva época, el sujeto autónomo, libre, que responde o debe responder únicamente ante él y, desde aquí, ante los otros. En la correspondencia *yo hablo a tú*, y así me identifico y te identifico. Puedo exponer mi pensamiento, mis opiniones, en tratados y ensayos, pero también por medio de las cartas, de esos escritos que ya no podrán considerarse en estos siglos venideros meros escritos menores sin importancia. Véase, si no, el gran número de pensadores, científicos, literatos, artistas, gobernantes, etc. que exponen una parte significativa de su obra en correspondencias. Antes y después, menos, el género como tal decaerá, pero en estos siglos adquiere su valor y lo manifiesta.

René Descartes había nacido en 1596, en un lugar llamado La Haye, en el centro-oeste francés, en una familia que debemos suponer relativamente acomodada (su abuelo fue médico, su padre consejero en el parlamento de Bretaña). Acorde con ello cursará estudios y los realizará en el después famoso colegio jesuita de La Flèche, fundado muy poco antes por Enrique IV, y en el que coincidirá con Marin Mersenne, principal corresponsal del Descartes adulto y centro de información en todo lo que se refiera a investigaciones científicas y teóricas en general. En este período de formación terminará por licenciarse en leyes en 1616 y coincidirá con el momento en que salen a la luz pública las primeras grandes ideas que rompen con la cosmovisión estática, geocéntrica y teológica de la Edad Media e, igualmente, se producen las primeras y brutales reacciones del poder constituido contra ella. Así Giordano Bruno será quemado en Roma y Campanella encarcelado. Copernico, Kepler y Galileo escriben y explican las leyes de reflexión de la luz, de la caída de los cuerpos o del movimiento de los astros, y en los años en que Descartes termina sus estudios, la Inquisición condena las doctrinas de Copérnico y amonesta a Galileo por defenderlas públicamente. Es el momento en que, en el mismo año, mueren Cervantes y Shakespeare.

Completado su período de formación académica, lejos de iniciar una carrera docente o dedicarse al ejercicio del derecho, Descartes parte para descubrir el mundo enrolándose en 1618 en el ejército del estatúder de Holanda, Mauricio de Nassau, en lucha contra el dominio español de Felipe III. Con ellos recorre Europa. Entre batallas, viajes, encuentros con científicos, asistencia a coronaciones y otras muchas ocupaciones, Descartes está poniendo las piedras de lo que será su sistema filosófico, tal como después relatará en el *Discurso* (parte II). En esas páginas cuenta el episodio de la estufa: el 10 de noviembre de 1619, cerca de Ulm, tiene los tres sueños en los que descubre los fundamentos de lo que será la nueva filosofía y la nueva ciencia, la base incommovible e indudable sobre la que levantar el nuevo edificio del saber.

A partir de 1622, dejando el ejército vuelve a Francia. Pudiera haber sido el período en el que interviniera públicamente en la discusión científica y política del momento, exponiendo sus ideas meditadas en el silencio de los años anteriores y aportando sus argumentos en los en aquellos momentos encarnizados combates

intelectuales entre teólogos y nuevos pensadores. Pero, los tormentosos tiempos que corren en París, no parecen propicios para la meditación y en 1628 decide retirarse al campo e iniciar así el modo de vida que intentará llevar hasta el final: viviendo alejado del centro de la discusión, manteniendo la necesaria distancia y comunicándose con un amplio círculo de corresponsales. En este inicio del retiro redacta las *Reglas para la dirección del espíritu*. Al año siguiente deja Francia para dirigirse a Holanda, país donde parece haber más libertad de pensamiento, para encontrar paz y poderse dedicar a la meditación. Con tres viajes a Francia, la mayoría un desastre (este es el calificativo que les dedica en las cartas), y uno a Dinamarca, permanecerá 20 años en Holanda, principalmente en el pequeño pueblo costero de Egmond am Zee. Es el período de plena madurez, del Descartes que hoy conocemos. En 1630, con una tranquilidad recién ganada en la soledad, comienza la redacción de *El mundo, o tratado sobre la luz*, donde debe exponer los resultados de sus investigaciones y reflexiones, una nueva visión del mundo a través de una nueva visión de los fenómenos físicos naturales, tal como en aquellos años sigue haciendo Galileo. Es el tratado donde se plasma una nueva forma de atender los fenómenos naturales, dejando de lado los preceptos de la tradición y de la religión, y atendiendo únicamente a lo que es observable y pensable. Galileo, entre tanto, ha publicado su *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo* y, al año siguiente, en 1633, es condenado en Roma por el Santo Oficio, por defender la tesis del movimiento de la tierra, en un proceso que aún hoy puede seguirse leyendo con el fin de comprender el espíritu de la época.

Enterado Descartes de la condena a Galileo y sabedor de que se encuentra en el mismo lado que aquél, decide no publicar la obra. Aunque residente en Holanda, aparentemente lejos del brazo de iglesias y emperadores dispuestos a no ceder fácilmente la hegemonía ideológica, Descartes adoptará ya una actitud defensiva, emboscada, no dándose a conocer innecesariamente. Así en 1637 publica en Leiden (Holanda), anónimamente, tres ensayos sobre cuestiones de física (*La dióptrica*, *Los meteoros* y *La geometría*), ensayos precedidos a modo de prólogo por el que hoy es un texto fundamental en la historia del pensamiento: el *Discurso del método*. Los años siguientes los dedica Descartes a concluir sus *Meditaciones metafísicas*, iniciadas muchos años antes, y que solo en 1641 verán la luz y en latín. En estos años ya se ha iniciado la penetración de las ideas cartesianas en las universidades y en los ambientes cultos en general, produciéndose una notable polarización de defensores y retractores de las *nuevas* ideas. Polarización que se agudiza con la publicación de las *Meditaciones* y su posterior traducción al francés. Ejemplo de la encarnizada discusión, y de las consecuencias que se teme que produzcan las nuevas ideas, es el hecho de que en 1642 su amigo Henry le Roy, conocido como Regius, entretanto profesor en Utrecht, es condenado tanto él como la "nueva filosofía", por los magistrados de la ciudad por instigación del rector de la Universidad, bajo la acusación de ateísmo. Este es el momento en que se inicia la correspondencia con Isabel (16 de mayo de 1643). En 1642 muere Galileo, el iniciador de la nueva ciencia, y nace Isaac Newton, el que la consagrará definitivamente.

En una vida menos tranquila de la que quisiera aún a pesar de su retiro, Descartes continúa sus investigaciones y en 1644 aparecen en Amsterdam y en latín sus *Principios de Filosofía*, explicando sus ideas sobre física y metafísica, dedicados "A la Serenísima Princesa Isabel, primogénita de Federico, Rey de Bohemia,

Conde palatino y Príncipe Elector del Imperio". Este período podemos conocerlo de primera mano por su reflejo en la correspondencia, igual que el proceso que lleva a la publicación en 1649 de *Las pasiones del alma*, tema de muchas de las cartas del período.

La fama de Descartes se ha extendido hasta el reino de Suecia. Hector-Pierre Chanut, embajador francés en aquel país, es el amigo y enlace a través del cual llega la invitación de la Reina Cristina. Tan alta invitación y, tal vez, que incluso el retiro holandés se ha vuelto incómodo por las constantes disputas, deciden el viaje, con no pocas prevenciones. Marcha hacia Estocolmo a principios de octubre de 1649 y el 2 de febrero de 1650 enferma bajo los rigores del invierno nórdico. Nueve días después, el 11 de febrero, muere de una pulmonía a los 53 años.

A partir de este momento, a pesar de las aún reticentes posturas y reacciones, la obra de Descartes avanza imparable. Entre las reacciones: enterrado primero en Estocolmo, en 1666 sus restos fueron trasladados a París motivo por el cual el canciller de la Universidad había preparado una oración fúnebre cuya lectura prohibió el rey Luis XIV, por orden de 23 de junio de 1667. No en vano las *Meditaciones metafísicas* figuraban desde 1663 en el *Index Romanus* de obras condenadas y prohibidas. Pero paralelamente su pensamiento no cesa de difundirse. Ya en 1657, su amigo y traductor Claude Clerselier, había comenzado la publicación de *Letres de M. Descartes*, a la que seguiría un segundo volumen en 1659 y un tercero en 1667.

2. Isabel de Bohemia.

Isabel era hija del que brevemente fue rey de Bohemia, Federico V, y que durante toda su vida luchó contra el poder imperial de los Habsburgo. Promovió la revuelta de los checos protestantes contra el emperador, uno de los hechos del inicio de la guerra de los Treinta Años, y derrotado pocos meses después inicio el destierro. Isabel nació el 28 de diciembre de 1618, en Heidelberg, prácticamente en el momento en que la corte de Bohemia iniciaba el camino del exilio y su peregrinar por países amigos de Europa. La familia se establecerá en La Haya y, con viajes a otros lugares de los Países Bajos o, en ocasiones, a ciudades del imperio, permanecerán en el país. Su padre morirá en 1632, el mismo año que el padre de Cristina de Suecia, Gustavo Adolfo II, que a los seis años se convierte en reina de Suecia.

Los otros príncipes palatinos, los hermanos de Isabel, nos muestran en sus vidas las señales de la turbulencia y de los conflictos de la época. Carlos Luis (1617-1680), designado heredero en 1629 tras la muerte accidental de su hermano mayor, será restablecido después del tratado de Westfalia (1648) como elector en el Palatinado del Rin. Luisa (1622-1709), cortejada por un caballero francés, que será asesinado por Felipe, otro príncipe palatino, en junio de 1646, permanecerá después con su madre hasta 1657, año en el que se convertirá al catolicismo y pasará a ser abadesa de Maubuisson. Eduardo (1624-1663), se casará con Ana de Gonzaga en Francia en 1645 convirtiéndose al catolicismo, con el consiguiente revuelo que dejará huellas incluso en la correspondencia. Felipe (1627-1650), tras el

asesinato de 1646 huye de Holanda. Sofía (1630-1714), sirvió de intermediaria en la correspondencia entre Isabel y Descartes y, ella misma, mantuvo un precioso intercambio epistolar con Leibniz. Se casará en 1658 con el duque elector de Hannover, Ernesto Augusto I. Tras el acta de Establecimiento de 1710 en Inglaterra la línea sucesoria del trono pasó de los Estuardo católicos a sus primos Hannover protestantes. Única descendiente de Jacobo I Estuardo, en algunos momentos pudo suceder a Ana, reina de Inglaterra, pero fue su hijo Georg Ludwig, príncipe de Hannover, quien lo hizo como Jorge I después de convertirse al anglicanismo, estableciéndose la dinastía que reina en Gran Bretaña en estos momentos.

Si este es el ambiente familiar de Isabel de Bohemia, sobre el personaje en sí mejor y más directo es recuperarlo a través de la correspondencia. Ahí es donde pueden percibirse la inteligencia, la sensibilidad, la dulzura incluso, también los temores y, en ocasiones, la asfixia en el ambiente, de una mujer excepcional. Que siguió toda su vida inmersa en los problemas teóricos es prueba la larga carta respuesta que le dirigió Leibniz en 1678 en la que éste debe "explicarle con mayor precisión cuanto he dicho de paso sobre el Sr. Descartes y su demostración de la existencia de Dios"* . Isabel se retirará a su abadía de Herford, en Westfalia, donde morirá en 1680.

3. La guerra de los Treinta años de fondo.

El tiempo excepcional del que hablamos es la primera mitad del siglo XVII, es un tiempo de crisis, utilizando el término en el sentido del pensador italiano Antonio Gramsci, pues reconocemos «lo viejo que no acaba de morir», como también atisbamos «lo nuevo que no acaba de nacer». La guerra de los Treinta años domina completamente esta primera mitad del siglo. De 1618 a 1648 Europa se vio envuelta en un reguero de conflictos, de causas inmediatas diversas y consecuencias dispares, pero con el mismo desarrollo de formación de grandes ejércitos moviéndose a lo largo y ancho, continuas batallas, asedios y destrucciones. Como ya hemos dicho, el inicio de este largo período bélico tuvo lugar en Bohemia y uno de sus personajes principales fue el padre de Isabel, Federico V (1596-1632), casado con una hija de Jacobo I, rey de Inglaterra. Federico, calvinista y elector palatino, participó activamente en cuanto movimiento sirviera para debilitar el poder de los emperadores Habsburgo, católicos, en Alemania y Austria. En la lucha entre checos y el Emperador Fernando II, después de la sublevación de Bohemia aceptó la corona (noviembre de 1619). La reacción de los ejércitos imperiales, ayudados por los de España, mandados por Felipe III en su ayuda, propicio que su reinado durara pocos meses (se le llamó "rey de un invierno"), pues lo perdió cuando los checos fueron derrotados en la batalla de la Montaña Blanca (1620). Perdió la corona, el título de Elector Palatino y marchó al exilio a La Haya. La guerra continuó por tierras alemanas, holandesas, austríacas o danesas terminando con el Tratado de Westfalia (1648), momento a partir del cual la lucha seguiría esta vez entre Francia y España hasta la paz de los Pirineos (1659). Al margen de las interpretaciones clásicas como guerra de religión o política, la moderna historiografía se inclina a ver un conflicto de concepciones opuestas sobre cuestiones económicas, políticas y religiosas. Los casos de Bohemia y los Países Bajos resultan los más significativos: en los dos es la lucha entre una civilización feudal y católica

defendida por los Habsburgo (de Austria o de España) y una civilización burguesa y protestante. De la guerra, en la que algunos territorios llegaron a perder más de dos tercios de su población, algunos países salieron perdiendo su papel preponderante en Europa y en una decadencia de la que no se recuperarían (caso de España), mientras que otros iniciaron un período de prosperidad económica y cultural (caso de Inglaterra y los Países Bajos) que marcará la historia de los siglos inmediatamente posteriores.

4. *Los temas de las cartas.*

A lo largo de las cartas se plantean multitud de temas directamente filosóficos, justo al lado de muy ricas, variadas e interesantes informaciones sobre la personalidad de los personajes, la vida del momento, las dudas y las estrategias de plantear los temas, etc. incluso los detalles de la vida cotidiana. Así, en cuanto a rasgos personales, podremos leer un Descartes que va desde el trato algo distante y/o altivo, hasta un Descartes solícito en las cartas y, al fin, a un Descartes amablemente calculador (diplomático diríamos, ante la perspectiva de ingresar en la corte sueca). Isabel de Bohemia es la joven princesa que superando las barreras de la edad, tengamos en cuenta que Descartes ya ha constituido su sistema filosófico, y, sobre todo, del sexo se planta ante el gran pensador para exponerle directamente sus dudas e incluso sus objeciones.

Los puntos fundamentales se refieren a consecuencias del planteamiento metafísico dualista de Descartes, esto es, la comunicabilidad de cuerpo y alma, su relación en el individuo viviente una vez establecida su esencial diferencia metafísica. Desde este punto parte la investigación de las diversas pasiones y estados afectivos del alma y su relación con la razón, que será el tema fundamental de la obra posterior. Pero además el otro gran problema: la demostración racional de la existencia de Dios, verdadero campo de batalla en todo el siglo, sobre el cual se vuelve una y otra vez. Sobre estos dos temas, más otros derivados de textos cartesianos, como los matemáticos de las primeras cartas, discurre la discusión teórica. Sobre la centralidad de las dudas o peticiones de aclaración que realiza Isabel es prueba el hecho de que apunta al problema de la relación entre la mente y el cuerpo, actualmente uno de los problema teóricos que alimentan la disciplina llamada “filosofía de la mente”.

&

La primera edición de las cartas de Descartes la realizó Claude Clerselier en tres tomos (1657, 1659, 1677). Las cartas de Isabel de Bohemia a Descartes fueron publicadas por primera vez en el volumen *Descartes et la Princesse Elisabeth* por Foucher de Careil el año 1879. Posteriormente, en 1935, Jacques Chevalier realizó una edición de *Lettres sur la morale* tomando como base las dos ediciones citadas y cotejándolas con las cartas manuscritas. Para las demás cartas la edición de refe-

rencia es *Oeures de Descartes*, publicada por Ch. Adam y P. Tannery entre 1897 y 1909 en 12 tomos, de los cuales los cinco primeros son de correspondencia. La edición de Chevalier es la base establecida de las ediciones modernas como la de Jean-Marie y Michelle Beyssade (París, 1989), sobre la cual se basa la traducción que presentamos.

Hemos intentado restringir las notas a pie de página a aquellas necesarias para la comprensión del texto, evitando así en lo posible sobrecargarlo. En todo caso todas las notas son de la edición.